

# **LOS LOBOS DE LA LUNA**

**FRANK QUASAR**

© Frank Quasar 2007  
Todos los derechos reservados

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación del texto sin autorización expresa del titular de la propiedad intelectual.  
La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito.

**PUEDES IMPRIMIRLO SI PREFIERES LEER SOBRE PAPEL**

Recomendamos seleccionar en la impresora la opción  
**IMPRIMIR 2 PÁGINAS POR HOJA**  
con el objeto de ahorrar papel y ver el texto en el mismo formato que la novela original.

**CAPÍTULO 2**  
**segunda parte**

LA EXTRAÑA EMPRESA DE TRANSPORTES

Rita terminó la ducha con un minuto de agua fría y se frotó vigorosamente la piel tersa y morena hasta secarla por completo. Se contempló con satisfacción en el rayado espejo de medio cuerpo del minúsculo baño. A sus veintiséis años estaba en plena forma: metro sesenta y ocho, cincuenta y tres kilos, piernas firmes —bien torneadas y sin rastro de celulitis—, vientre plano, pechos pequeños pero altos y bien proporcionados.

El modesto apartamento sólo constaba de otros dos espacios además del aseo, de modo que salió directamente al salón-cocina-comedor envuelta en la toalla y lo atravesó en dirección al mínimo dormitorio. La cama, que ocupaba casi todo el espacio disponible, estaba sin hacer, como de costumbre. Arrojó sobre las arrugadas sábanas la toalla mojada y deslizó a un lado las puertas correderas del armario empotrado para sacar algo que ponerse. Hacía calor y de momento no pensaba salir, así que cogió lo primero que encontró encima del montón: un conjunto de ropa interior blanco y una camiseta roja tan dada de sí que la cubría hasta los muslos.

Eran casi las cuatro y todavía no había comido. Salió de nuevo a la pieza principal y buscó algún resto en la desabastecida nevera. La mínima cocina americana sólo estaba separada del salón por una tabla alargada que hacía las veces de mesa. Encontró medio sándwich de jamón y queso, una manzana y un yogur “casi” sin caducar. ¡Albricias! ¡Todo un festín!

Metió el sándwich en el microondas y, mientras se calentaba, aprovechó para encender el ordenador y recoger un par de cosas. La totalidad del espacio útil del apartamento alquilado no llegaba a los treinta metros cuadrados. Era un piso antiguo, de paredes agrietadas y techos altos, poco acogedor en origen, al que Rita había logrado dar un aspecto decente mediante una sabia combinación de muebles baratos, decoración funcional y buen gusto.

Acompañó el sándwich, la manzana y el yogur con una bue-

na cantidad de agua del grifo —la bebida isotónica más barata del mercado— que se llevó hasta la mesa del ordenador en una botella de plástico.

Su precaria situación económica, patente en la ubicación y aspecto de la vivienda, no tenía reflejo en el equipo informático: tanto el ordenador como los abundantes periféricos eran piezas tecnológicas de última generación. Sobre la mesa de trabajo, atestada de aparatos electrónicos conectados al PC, también había dos fotografías enmarcadas. Una era un divertido primer plano de un pastor alemán con la lengua fuera, tan nítida que podía leerse perfectamente en el collar que su nombre era ‘Runny’. La otra, de escasa resolución, realizada probablemente con un móvil, mostraba a una pareja sonriente: Rita y un hombre mucho mayor que ella abrazándola por detrás.

Mientras terminaba su frugal comida encargó al ordenador la realización de varias tareas rutinarias y comprobó que no había novedades importantes en el correo electrónico ni en el buscador de noticias.

Tras limpiarse los dientes con el solitario cepillo que había en la repisa colocada sobre el lavabo, envió una selección musical “relajada” —o sea, adecuada para trabajar— desde el ordenador al equipo de música conectado y, mientras empezaba a sonar, introdujo la contraseña que desbloqueaba el acceso al directorio donde guardaba sus reportajes.

Girando sobre sí misma, la interfaz personalizada surgió desde una esquina y se agrandó hasta llenar la pantalla por completo. Bajo el poco modesto título de “Rita Carrera. ¡La mejor periodista del mundo!”, aparecían dos epígrafes situados en columnas paralelas: “Reportajes que me harán rica y famosa” y “Mierdas para pagar el alquiler”. Cada uno de ellos estaba seguido por una serie de titulares provisionales.

*Ahora no tengo humor para ocuparme de esta porquería*, pensó la joven reportera desechando la segunda columna, en la que figuraban rótulos como: “Polvo de plata. ¿Inofensivo o mortal?”, “Tribus urbanas de la A a la Z”, “¿Es corrupta la Policía Interurbana?” o “¿Tráfico de animales? Misteriosos hechos en el Zoo Municipal”. Los títulos de la otra columna eran menos llamativos, pero su contenido mucho más interesante. Rita llevaba meses trabajando en algunos de aquellos expedientes, indagando pacientemente con la esperanza de escribir un reportaje sensacional que la lanzase a la primera división del periodismo de investigación.

Paseó el puntero sobre los títulos “Mafia de apuestas clandestinas”, “Nuevas sectas y tráfico de drogas” y “Lobos de la Luna”, dudando cuál seleccionar. La información que había obtenido la noche anterior se relacionaba con los tres casos.

Finalmente hizo clic en el enlace del archivo sobre “Nuevas sectas” y empezó a escribir:

*«La frontera que hasta hace poco separaba algunas de las mal llamadas Tribus Urbanas de las sectas religiosas destructivas empieza a diluirse. Si bien es cierto que estos violentos grupos a menudo no son más que simples bandas de delincuentes sin ningún tipo de ideología ni identidad, algunos de ellos están empezando a desarrollar primitivas y atrayentes ‘filosofías morales’ basadas en la supremacía de la fuerza o un enfermizo culto a la muerte, con alta capacidad de fascinación sobre amplios sectores de una juventud urbana peligrosamente fascinada por el riesgo y las drogas. Los Lobos de la Luna y Los Muertos Vivientes son buenos ejemplos de esta tendencia...»*

PANTHER S.A. resultó ser una empresa dedicada a la mensajería y transporte urgentes ubicada en los restos de lo que treinta años atrás había sido un polígono industrial de la periferia y actualmente un barrio marginal más. Leo y Delgado contemplaron desde el otro lado de la calle el gigantesco cartel con una pantera que rezaba ‘PANTHER. Transporte Ágil’ y se encaminaron hacia la entrada.

No había sala de recepción. El portón metálico que atravesaron daba directamente a una gran nave industrial habilitada como garaje y almacén. Cientos de paquetes de todos los tamaños imaginables se amontonaban en atestadas estanterías del techo al suelo dispuestas a modo de largos pasillos lo bastante anchos para permitir la circulación de carretillas motorizadas. Ni siquiera había un mostrador para atender a los clientes.

Media docena de hombres musculosos trabajaban a un ritmo frenético cargando las veloces furgonetas negras que entraban y salían constantemente. Leo, que había participado en varios casos relacionados con las peligrosas tribus urbanas que proliferaban en los barrios próximos al vertedero, se fijó de inmediato en que dos de ellos llevaban sobre sus hinchados biceps el tatuaje marcado a fuego de los ‘Lobos de la Luna’, una de las bandas más violentas y

agresivas. Los demás operarios también lucían tatuajes de presidario y parecían delincuentes habituales o adictos al polvo de plata. Nadie les hacía caso, de modo que agarró a uno por el brazo y le preguntó:

—¿Quién es el mandamás?

El tipo escupió en el suelo de cemento y se tomó su tiempo antes de señalar de mala gana a un cachas negro que leía un albarán de espaldas a ellos al fondo del almacén. Tenía el cráneo completamente rapado y un gran aro de plata le colgaba de la oreja izquierda. La ajustada camiseta sin mangas que vestía parecía a punto de reventar bajo la presión de los potentes y superdefinidos músculos.

Delgado habló primero, adelantándose a Leo.

—¿Es usted el encargado?

El cachas se dio la vuelta revelando que era una mujer, pese al cuerpo hombruno y musculoso. No llevaba sujetador y los pezones de unos pechos pequeños y atrofiados se le marcaban a través de la camiseta.

—Encargada, tío —aclaró con cara de pocos amigos. Tenía sobre la mejilla izquierda la marca permanente de los ‘Lobos’, pero eso no le estropeaba particularmente el rostro: era fea como un rayo de todos modos—. ¿Quién coño lo pregunta?

—Teniente Delgado —se presentó el flaco detective mostrándole su placa. Leo no se molestó en sacar la suya—. ¿Y usted es...?

—Pandora Terapoulos, aunque todo el mundo me llama Pantera. Pan-Tera, ¿lo pillas?

—No, es demasiado complicado para mí —ironizó Delgado—. ¿Cuántas furgonetas de ésas tienen? —añadió señalando una que salía en aquel momento.

—Diecisiete. ¿Por qué les interesa?

—Las preguntas las hago yo —dijo Delgado entrecerrando ligeramente uno de sus ojos—. ¿Alguna ha tenido un accidente hace unos tres meses?

El método de interrogatorio de Leo y Delgado era menos conocido que el clásico del “poli bueno” y “el malo”, pero igual de eficaz: mientras uno hacía todas las preguntas y acosaba al sospechoso, el otro se mantenía en segundo plano mirándolo fijamente con el objeto de ponerle nervioso. Leo observó que la encargada evitaba mirarles a los ojos, señal de que probablemente ocultaba algo.

—¿Bromea? Tenemos una media de veinte siniestros al mes. Éste es un negocio duro. Para cumplir los plazos de entrega hay que

asumir ciertos riesgos.

—No hablo de abollones y raspaduras —aclaró Delgado— sino de un choque frontal con rotura de faros, parabrisas... ¿Le sueña uno así a finales de abril?

—Tendría que mirar los archivos —dijo Pantera.

—Si fuera tan amable....

La musculosa mujer negra giró un poco la cabeza hacia la minúscula oficina que tenía detrás y lanzó un grito estentóreo que retumbó en todo el almacén a pesar del estruendo reinante. Hasta Leo se sobresaltó al oírlo olvidando por un momento su papel de “hombre de hielo”.

—¡¡Freddy!!

El interpelado, un tipo escurrido y moreno, con cara de vicioso, asomó por la puerta del despacho al instante, mirándolos con apagados ojos de drogadicto. La camisa de manga larga que llevaba no permitía ver si también tenía tatuajes.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —preguntó.

—Aquí, el teniente, pregunta por los accidentes de abril —explicó Pantera. Delgado se dio cuenta de que había informado hábilmente al otro de que eran policías—. ¿Cómo lo ves?

—Chungo, jefa. Ya sabes cómo va lo del ordenador.

—¡Ah, sí! —dijo la encargada, como si lo hubiera recordado de repente—. En junio cambiamos el programa de gestión y se perdieron un montón de datos. ¡Qué pena! Creo que no podré ayudarles.

—En realidad, hasta ahora no nos ha ayudado en nada, “señorita Pantera” —dijo Delgado con voz dura—. Supongo que sabe que es ilegal no guardar ese tipo de datos.

—Eso es acoso, teniente. La ciudad está llena de furgonetas de ese modelo. ¿Por qué tiene que venir a fastidiarme a mí?

—No hay tantas. Y menos negras —respondió Delgado—. Si no le importa, y ya que no tienen los partes de accidentes, nos llevaremos un listado completo de las entregas de, pongamos, los últimos seis meses.

—¿Es sólo por fastidiar o qué?

—A lo mejor. ¿Va a colaborar o prefiere que pida una orden judicial?

—Saca esa puta información del ordenador y dásela, Freddy —ordenó Pantera. El subalterno entró en la oficina y volvió enseñada con un mini DVD, que entregó a los policías sin decir esta boca es mía—. ¿Se le ofrece algo más, teniente? —preguntó con

sorna la encargada.

—No... por ahora —contestó Delgado remarcando las palabras—. Pero volveremos a vernos, puede estar segura.

—Vuelva cuando quiera, teniente, y tráigase a su compañero, el “silencioso” —se despidió Pantera—. ¡Me gusta su culito!

Leo enrojeció hasta las orejas pero no quiso responder a la provocación. Los dos detectives se dirigieron a la salida. Al atravesar el portón vieron que Pantera y Freddy discutían acaloradamente dentro de la oficina.

—¡Vaya farol lo de la orden! Ningún juez nos la daría con lo que tenemos —comento Leo.

—Pero ella no lo sabía —sonrió Delgado haciendo girar el disco en la mano—. ¿Qué opinas?

—Oculta algo, es evidente.

—Sí, aunque puede que no tenga nada que ver con nuestro caso. A lo mejor se dedican al trapicheo, entre tantos paquetes sería fácil mover grandes cantidades de droga. Vamos al coche, quiero meter este DVD en el ordenador y ver si la información que contiene nos sugiere algo.

—Ve tú delante, tengo una llamada —dijo Leo sacando el móvil del bolsillo de su chaqueta—. Hola, Sanders. ¿Qué novedades tienes para nosotros?

—He confirmado la identidad del cadáver —la voz del forense sonó tan flemática como de costumbre—. La comparativa con el ADN de los padres es concluyente: se trata de Alice Bonn.

—¿Fecha de la muerte?

—Todavía estoy haciéndole algunas pruebas. Tendréis la autopsia en vuestros móviles tan pronto la termine. Por cierto, esto os interesará: hice venir al veterinario del Zoo Municipal para que le echara una ojeada a la garra de puma.

—¿Y?

—No sólo la identificó como perteneciente a un animal suyo, sino que afirmó que en los últimos nueve meses se han producido más de una docena de robos de fieras en el Zoo.

—Qué extraño, ¿no?

—Más de lo que crees —continuó Sanders—. Aunque las ratas habían comenzado a devorar los restos de Alice Bonn antes de que llegáramos al vertedero, presentaba mordeduras sangrantes de un radio muy superior al arco de dentición de las bocas de los roedores.

—En cristiano, Sanders...

—Que también la mordió un animal grande cuando todavía estaba viva. Alguien se la dio de comer a una o más fieras, Falcon.

Sanders cortó la comunicación y Leo se guardó el móvil lentamente. El sol brillaba en lo alto, pero la ciudad le pareció de pronto más oscura y siniestra. A pesar de llevar cinco años en Homicidios no conseguía acostumbrarse a la brutalidad de algunos crímenes. Arrastró los pies hasta el coche, se dejó caer en el asiento del copiloto y le contó a Delgado la conversación con Sanders.

—Muy interesante —comentó el duro y encallecido detective sin inmutarse. En su caso, el tiempo para impresionarse por las atrocidades que veían en su trabajo pertenecía a un pasado ya muy lejano—. Acabo de entrar en la web de PANTHER y, mira por dónde, dice que tienen furgonetas especialmente adaptadas para el transporte de animales.

—Eso no quiere decir nada —dijo Leo.

—Por ahora no —admitió Delgado—, pero es una coincidencia curiosa. Veamos si entre todos los datos que nos han dado puedo discriminar los relativos al transporte de animales... —Durante varios minutos manipuló en silencio el pequeño ordenador de pantalla táctil incrustado en el salpicadero del coche—. Vaya, vaya. ¿Qué te parece esto?

—¿Qué has descubierto?

—Mira este mapa de puntos de entrega —dijo Delgado quitando la mano para que Leo pudiera ver bien la pantalla. El gráfico de alta resolución mostraba un diminuto plano de la ciudad con múltiples destellos rojos, la mayor parte de ellos concentrados sobre los barrios próximos al vertedero—. Trabajan mucho en los bajos fondos, ¿no? Sobre todo teniendo en cuenta la escasez de negocios legales en la zona. Me gustaría saber qué es lo que entregan.

—Dudo que sean animales, la verdad.

—El tipo de mercancía no consta, sólo el peso. Voy a ordenar la lista por direcciones, a ver cuáles son las que más se repiten... ¡Bingo! —sonrió—. Su principal cliente allí es una tienda de animales llamada FAUCES, el resto son talleres de coches o pisos. Creo que deberíamos visitar esa tienda.

—¿Y qué hay de la lista de furgonetas? —protestó Leo—. Son muchísimas y ya son casi las seis.

—Prefiero seguir esta pista mientras está caliente —dijo Delgado con una expresión de avidez que su joven compañero conocía bien: el curtido detective husmeaba un rastro—. Dividámonos: tú ve al Zoo y averigua todo lo que puedas sobre los animales desapareci-

dos, yo iré a FAUCES.

—Vale, pero acércame antes a jefatura para que coja mi buga —dijo Leo—. El Zoo está lejos.

—¿No eras un deportista del copón? ¡Pues a pata! —le espetó Delgado, empujándolo para que saliera del coche—. Si te llevo de vuelta al centro, será de noche cuando llegue a los barrios chungos. No querrás que me juegue la vida sólo porque tú no tienes ganas de caminar un par de kilómetros...

—¿Un par? ¡Joder, está casi al otro extremo de la ciudad!

Delgado arrancó el motor sin hacerle caso.

—No exageres. Venga, nos llamamos dentro de un par de horas con lo que sea. ¡Abur! —se despidió por la ventanilla, dejando a Leo con la palabra en la boca.

El joven detective hizo un gesto obsceno en dirección al coche que se alejaba, pero tenía demasiado buen talante para permanecer enfadado mucho rato. Con un encogimiento de hombros, se colgó la chaqueta del brazo y empezó a caminar.